

PERO... ¿ES QUE LAS FEMINISTAS AÚN BUSCAMOS LA VERDAD?

Amaia Pérez Orozco (Dpto. de Economía Aplicada I, U. Complutense de Madrid)

amaiaorozco@gmail.com

1- Introducción

La economía feminista lleva largo tiempo argumentando que, a la hora de insertar la categoría del género en el análisis económico, se observa una doble exclusión a la que, históricamente, han sido sometidas las mujeres. En primer lugar, se les ha arrebatado la condición de sujeto que crea conocimiento económico (sujeto epistemológico o cognoscente). En segundo lugar, han sido excluidas como sujeto protagonista de la vida social y económica y, por tanto, objeto de estudio de la economía (objeto cognoscible), por lo que sus experiencias y los asuntos de peculiar interés para ellas han quedado fuera de los márgenes de estudio de la economía. Insertar el género en el discurso económico supone plantear vías para revertir esta doble exclusión y para entenderla como producto de un sistema de relaciones de género de desigualdad. Sin embargo, los distintos enfoques coexistentes dentro de ese amplio término de economía feminista –y/o economía del género- difieren en las consecuencias derivadas de esa inclusión de las mujeres. Estas distintas implicaciones abarcan todas las dimensiones del discurso económico: conceptual, metodológica, política, etc.; pero puede decirse tienen su origen en diferencias epistemológicas subyacentes, que rara vez se explicitan. La economía feminista no ha sido un terreno demasiado favorable para las reflexiones epistemológicas, escasez que puede relacionarse con la juventud del enfoque económico feminista, como tendería a probar el hecho de que estén aumentando paulatinamente a medida que este enfoque se consolida. En todo caso, en lo que resta del presente documento,

muchas veces se trata más de identificar la epistemología implícita a enfoques económicos que de poder usar “declaraciones de intenciones”.

Debatir sobre las bases epistemológicas de nuestros discursos –múltiples y diversos- es una tarea pocas veces afrontada, pero absolutamente necesaria para entendernos entre nosotras –con nuestros acuerdos y nuestros debates-, para reflexionar sobre nuestras propuestas y nuestras apuestas.

En el apartado 2, abordaremos la perspectiva de la corriente que se denominará economía del género, caracterizada por considerar que la apertura del proceso científico a un nuevo sujeto femenino no implica cambios en dicho proceso ni en los criterios que lo han caracterizado; que las reglas del empirismo han de aplicarse mejor y más estrictamente de lo que se ha hecho hasta ahora para lograr un conocimiento que sea realmente objetivo, universal y verdadero, eliminando los sesgos androcéntricos que se habían colado previamente. Por el contrario, la economía feminista –apartado 3- propiamente dicha considera que la exclusión de las mujeres no ha sido una mera consecuencia de una mala aplicación del método científico, sino que el método mismo y los criterios que lo han guiado encerraban esos sesgos androcéntricos; es necesario redefinir todos los criterios que guían y validan la elaboración de conocimiento. Todo conocimiento es un proceso social y, por lo tanto, no puede aislarse de las relaciones de poder del contexto social; así, el ideal de objetividad ilustrado no es factible, por lo que es imprescindible redefinir la idea misma de objetividad. Aquí, veremos que hay dos alternativas, la objetividad reforzada, característica de la teoría del punto de vista feminista –apartado 3.1- y los conocimientos situados que entienden la objetividad como parcialidad –apartado 3.2.

La búsqueda de la verdad, objetiva y universal

La economía del género¹ percibe sesgos androcéntricos en el discurso económico ortodoxo, una estructura que se presumía libre de toda carga valorativa. A la par, sigue confiando en la epistemología liberal ilustrada y sus fundamentos básicos, a saber, la escisión entre objeto de estudio –ente pasivo, cognoscible y con una existencia independiente– y sujeto conocedor –individuo activo que alcanza el punto de vista arquimedeano y viene definido por su razón; la razón individual como herramienta cognitiva primordial; el método empirista como método científico a utilizar; los resultados objetivos, universales y verdaderos. Se atribuyen los sesgos percibidos a un producto de la “mala ciencia”, es decir, a una incorrecta aplicación del método. Se cree, por tanto, en la posibilidad de eliminarlos mediante ajustes en una estructura epistémica que permanece incuestionada.

Por una parte, es imprescindible reclamar la razón como el atributo humano básico que caracteriza no sólo a los hombres –sesgo misógino que había negado a las mujeres la capacidad de crear conocimiento-, sino al conjunto de la humanidad; y

¹ La distinción entre economía del género y economía feminista está elaborada, por ejemplo, en Robeyns (2000). La primera viene caracterizada por considerar que “el problema con la economía neoclásica es, bien la ausencia física de las mujeres de sus instituciones –sus departamentos, clases y manuales de economía–, bien la ausencia de las mujeres en su marco teórico. Para superar estas deficiencias, tanto las instituciones como el marco teórico deben ser complementados con la adición de las mujeres. El marco de la economía neoclásica en sí mismo permanece sin ser cuestionado” (Hewitson, 1999: 62).

afirmar así que ellas también pueden elaborar discurso económico, es más, históricamente lo han hecho, pero sus aportaciones han permanecido ocultas².

Por otra parte, se descubren sesgos androcéntricos, producto de la mala aplicación del método científico, en el contexto de descubrimiento –selección de las agendas de investigación, la identificación de los problemas científicos, la recogida de datos y evidencias consideradas relevantes, la elección de las teorías consideradas explicativas, etc.– y en el contexto de justificación –la recogida e interpretación de datos sobre las experiencias con las cuales se contrastan las hipótesis y se verifican las afirmaciones científicas y la comprobación de las hipótesis. A diferencia de la epistemología tradicional, que no considera que sea relevante el de dónde surjan los problemas científicos para la bondad de los resultados –el mundo se expresa por sí mismo–, esta corriente empieza a decir lo contrario. “Una teoría de la investigación científica que se fije sólo en la lógica de justificación niega los procesos de selección que tienen lugar en el contexto de descubrimiento y que limitan lo que podemos llegar a conocer” (Longino, 1993: 101). Cómo y quién defina los problemas sí es relevante, ya que “no existe algo parecido a un problema sin una persona (o un grupo de personas) que tienen ese problema: un problema es siempre un problema *para una persona* o para otra” (Harding, 1987b: 6). Así, de ahora en adelante, una característica distintiva de las investigaciones sensibles al género será el generar sus propias problemáticas desde el punto(s) de vista de las mujeres. Es decir, se está planteando la cuestión no sólo de que las mujeres creen conocimiento, sino que el conocimiento

² Esta reclamación, en la que no vamos a ahondar, así como el análisis de las vías por las que se ha producido la exclusión y las formas de remediarlo, conforman la corriente denominada estudios de equidad.

se cree desde sus experiencias: que sus experiencias entren en el contexto de descubrimiento al identificar los problemas científicos y recoger datos, al diseñar el proceso de investigación, etc. Y que entren, asimismo, en el contexto de justificación, que formen parte las experiencias utilizadas para verificar las hipótesis, no tomando por natural la desigualdad de género; punto en el que es crucial la desagregación de los datos por sexos. Por último, no hay una búsqueda de la verdad por sí misma, sino para ver cómo es posible cambiar las condiciones de desigualdad (Harding, 1986); apareciendo una cierta componente de voluntad política en el análisis, de hacer ciencia “para las mujeres”. Sin embargo, esto no significa que se determine que los valores han de entrar en la investigación. Aunque una motivación feminista puede estar detrás de la intención de crear conocimiento, para explicar, por ejemplo, situaciones de desigualdad manifiesta, se pretende dejar estos valores de lado a la hora de investigar.

Los criterios de validación del conocimiento siguen siendo la objetividad, la universalidad y la verdad; más aún que antes, ya que la identificación de prejuicios patriarcales permite que nos quitemos las lentes distorsionadoras a través de las cuales hemos estado mirando la realidad. El elemento central de la objetividad tiene como requisito central la neutralidad valorativa (Jaggar, 1983; Harding, 1995), considerándose que el discurso científico es ajeno a los intereses y valores peculiares tanto del individuo que conoce como de la sociedad en la que se crea conocimiento y que la persona protagonista del proceso científico es el individuo abstracto de la teoría política liberal que utiliza únicamente observaciones empíricas, sin que ningún elemento valorativo se cuele en el análisis. Esta cualidad de ser insesgado se traduce en objetividad. Y la objetividad se comprueba por la posibilidad de verificaciones

intersubjetivas. Ese conocimiento es, además, universal, es decir, nos está hablando del conjunto de la realidad. Aunque se descubra a partir de observaciones concretas, nos desvela leyes generales que nos explican el funcionamiento del todo. La ciencia otorga forma, esencia universal a la materia. Es más, ese funcionamiento de un mundo complejo se entiende mediante un proceso de reducción a sus leyes y elementos más sencillos. Por tanto, son afirmaciones universalmente válidas porque ofrecen la explicación de la estructura profunda de la realidad, mediante un ejercicio de obtención de conocimiento atomista y reduccionista. Finalmente, ese conocimiento es verdadero, es decir, logra desvelar esa estructura que subyace a la realidad, que puede conocerse; es decir, se cree en la “existencia última de los objetos de investigación mayoritariamente independiente de su investigación, o al menos a priori” estructura básica de la realidad” (Lawson, 1999: 27). Además, a medida que se realizan avances científicos, se está más cerca de la verdad en términos absolutos, la ciencia es, por tanto, progresiva.

Un buen y explícito ejemplo de empirismo feminista es Woolley (1993), quien afirma que los retos de la economía feminista³ son documentar las diferencias de bienestar entre mujeres y hombres –es decir, incorporar las experiencias diferenciales de las mujeres al objeto de estudio–, proponer políticas para promover la igualdad –hacer ciencia para las mujeres– y conducir una investigación libre de sesgos androcéntricos –hacer buena ciencia. En conjunto, se insiste en que las mujeres pueden y deben crear conocimiento económico, que sus experiencias deben de ser valoradas en el terreno científico tanto para la definición de problemas como para la contrastación de

³ Esta denominación se la otorga la autora, en este texto, sin embargo, las líneas que ella define identifican, precisamente, a la economía del género.

las hipótesis y que, con todo ello, se logrará hacer ciencia auténticamente objetiva, universal y verdadera:

“La tendencia al empirismo feminista será especialmente importante para las/os economistas que sientan que el principal problema con la economía son los sesgos que resultan de la histórica falta de recogida e incorporación de datos que cubran las vidas de la mitad de la población humana. La mala ciencia podría convertirse en una ciencia mejor, más objetiva, si las/os economistas prestaran más atención a investigar y documentar las vidas de las mujeres” (Grapard, 1999: 546).

Sin embargo, ya empiezan a aparecer elementos que llevarán a críticas epistemológicas más profundas. Harding anuncia un “futuro radical” (1987c: 183) para esta estrategia, al considerar que las implicaciones de lo que propone van mucho más allá de lo que las propias empiristas feministas quieren reconocer. ¿Qué ha ocurrido, si, durante siglos, “el método científico no proporciona normas, procedimientos o técnicas para identificar, sin siquiera hablar de eliminar, los valores sociales compartidos por todos (o virtualmente todos) los observadores” (Harding, 1993: 57)? Se abren dudas sobre dos cuestiones fundamentales: la no relevancia del sujeto que crea conocimiento –quién y con qué valores crea discurso- y la cualidad individualizada del proceso de conocimiento – proceso individual al margen del contexto social- si, por ejemplo, estas críticas sólo han sido posibles en un entorno social favorable, en el contexto de la segunda ola del feminismo, que, según Lloyd “se ha manifestado en la profesión de economista en términos de un repentino incremento del interés, particularmente entre las economistas jóvenes, en la investigación relacionada con todos los aspectos del rol económico de las mujeres” (1975: ix).

3- Si la economía es una construcción social, ¿qué pasa con la objetividad?

La economía feminista desvelará los sesgos que no sólo han conllevado una “mala ciencia”, sino que han subyacido a los criterios legitimadores de un discurso opresor para las mujeres. Así, se replantearán los criterios que validan el conocimiento, partiendo de la noción de que el sujeto que crea conocimiento, su punto de vista, es relevante, ya que la ciencia es un proceso social, afectado, por tanto, por los conflictos sociales. Desde ahí, de forma especialmente relevante, se replantea la noción de objetividad. La economía feminista se sitúa en el ámbito de la economía normativa al asumir un compromiso político explícito: “para las economistas feministas, el creciente reconocimiento del valor de las contribuciones de las mujeres puede y debe mejorar el estatus económico de las mujeres” (Mayhew, 1999: 737). Pero esta consideración común de que la creación de conocimiento es un proceso social –el segundo principio definitorio de la economía feminista según Scheneider y Shackelford, 2001- y, por tanto, quién hable –la identidad del sujeto cognoscente- es relevante y que el criterio que demarca el buen conocimiento ya no puede ser la neutralidad valorativa porque ésta, simplemente, no existe, no conlleva implicaciones epistemológicas uniformes. Veamos dos enfoques alternativos: la teoría del punto de vista feminista (en adelante, TPVF) y la propuesta de los conocimientos situados, entre las cuales, necesario es decirlo, hay un amplio terreno intermedio en el cual encontramos a muchas economistas feministas.

3.1- El privilegio de hablar desde ciertos lugares: la objetividad reforzada

Las relaciones entre la propuesta epistemológica de la TPVF y la economía feminista no son claras. Como asegura Hewitson: “La teoría feminista del punto de vista es el enfoque dominante en la literatura de la filosofía de la ciencia. Por tanto, no resulta sorprendente que las economistas feministas hayan basado en ella sus análisis”

(1999: 86). Para poder determinar el grado de expansión de esta propuesta entre la economía feminista, es imprescindible establecer los elementos clave que la definen, tal como se ha generalizado y no en sus versiones más puras o estilizadas⁴. Esos elementos son los siguientes.

3.1.1- Puntos de vista que no son igualmente válidos

Se comienza aseverando que todo conocimiento es una construcción social y que, por tanto, no es posible la neutralidad valorativa. Se argumenta que las condiciones materiales de vida estructuran y, además, limitan el entendimiento. La vida material, actualmente estructurada de forma opuesta para mujeres y hombres, conlleva que las visiones de cada grupo social sean inversas. La visión de los miembros de la clase dominante es la que da forma a las relaciones materiales de la totalidad, por eso tienen un interés especial en presentarla como la visión universal y verdadera; cuando realmente su punto de vista es parcial y perverso. Para las feministas, la clase dominante relevante para el conocimiento son los hombres. Su posición de privilegio ha introducido sesgos tanto en el marco de descubrimiento como en el de justificación, devaluando las experiencias femeninas como punto de partida del conocimiento científico. Sin embargo, son estas experiencias el lugar privilegiado desde el que crear

⁴ La tesis del punto de vista feminista surge a finales de los setenta y principios de la década de los 80 con textos como Jaggar (1983) o los diversos artículos incluidos en Harding y Hintikka (1983), especialmente el de Nancy Harstock. En su vertiente más ligada al marxismo –que es, por otra parte, la más elaborada– se desarrolla enormemente durante esa década, con autoras como Harding (1986, 1989), Smith (1987) y Longino (1990). La TPVF llega a la actualidad con ese nombre (p. e. May, 1996; Harding, 1999, 2003), aunque, como luego argumentaremos, las versiones presentes de la TPVF se asemejan enormemente a la propuesta de los conocimientos situados.

conocimiento y con respecto al cual testar sus resultados. “Las experiencias de las mujeres, informadas por la teoría feminista, proporcionan una base potencial para un conocimiento más completo y menos distorsionado que la que surge de las experiencias masculinas” (Harding, 1986: 184-5). A diferencia del empirismo feminista, aseguran que los sesgos son inherentes a todo conocimiento. Y llegan más allá: los sesgos han distorsionado los criterios mismos de validación del conocimiento, la idea de objetividad como neutralidad valorativa es un criterio en sí mismo androcéntrico. “La desvinculación es, después de todo, una perspectiva estereotípicamente masculina” (May, 1996: 72).

Se identifican, consecuentemente, dos puntos de vista fundamentales, el feminista y el no feminista (o el femenino y el masculino). ¿De dónde surge ese punto de vista diferenciado? Aquí hay dos respuestas fundamentales; una, más ligada a las reelaboraciones feministas del marxismo, que parte de la división sexual del trabajo. Y otra que se fundamenta en la teoría de las relaciones objetales, inspirada en el psicoanálisis y que está muy presente en las reelaboraciones feministas de la figura del *homo economicus* (p.e. Seiz, 1992). En todo caso, las condiciones vitales –bien de los trabajos asignados, bien de los procesos de individuación que haya experimentado cada persona– no sólo estructuran sino que, además, limitan las capacidades epistemológicas. Se privilegia el punto de vista femenino-feminista-de las mujeres⁵: porque al ser un punto de vista marginalizado no tiende a defender el status quo, las

⁵ Entre las economistas feministas, no tiende a argumentarse que este punto de vista sólo sea alcanzable por las mujeres y se ponen ejemplos de hombres que han hecho importantes contribuciones al pensamiento feminista. El caso de John Stuart Mill es recurrente; entre los autores más actuales están Amartya Sen o Donald McCloskey –antes de iniciar su proceso de reasignación de sexo.

mujeres están dentro del orden social, lo conocen, pero no están interesadas en mantenerlo⁶-, porque los trabajos de los que se encargan las mujeres tienen unas características especiales que los hacen ser un punto de partida preferible, al estar enraizados en la vida cotidiana, posibilitan un conocimiento más holístico -“Pensar desde las vidas diarias de las mujeres necesariamente fusiona lo personal, lo social y lo biológico” (Rose, 1994: 22)-, mucho menos destructor del entorno –un supuesto central del ecofeminismo (p.e. Mies y Shiva, 1993)- y devuelven la teoría a la práctica, haciendo un conocimiento menos descarnado y abstracto y más preocupado por lo cotidiano.

Este punto de vista privilegiado ha de ser explicitado para poder hablar de objetividad en un sentido reforzado, que sería aquélla que se logra al no esconder, sino reconocer abiertamente los valores de los que se parte. Ya que:

“la investigación económica está, en su base, sumamente politizada e íntimamente asociada con la racionalización de una distribución del poder concreta –que, en una sociedad pecuniaria, se traduce en una distribución de la riqueza y el ingreso particular” (May, 1996: 74).

Es por ello que son unos valores y no otros los que permitirán dar visiones menos parciales, más íntegras, menos falsas. Así, la objetividad se logra partiendo de una posición epistémica no neutra, sino marginalizada. Concretamente, en una sociedad

⁶ Esta argumentación abstracta tiene, además, una concreción material clara. Las mujeres han sido relegadas al mundo de lo privado, mientras que los hombres han hecho de lo público su espacio. Sin embargo, ellas están atravesando constantemente esas fronteras, conocen ambos mundos, por lo que sus experiencias son un valioso punto de partida. Esta constante travesía entre lo privado y lo público, entre la economía de mercado y el trabajo doméstico, será de gran importancia en el terreno de la economía.

donde el género funciona como categoría estratificadora básica, el punto de vista privilegiado es el feminista-de las mujeres –a pesar de las dificultades para definirlo mencionadas. La TPVF explicita su voluntad de hacer discurso de mujeres –es decir, desde sus experiencias y su punto de vista– y para las mujeres –es decir, de integrar un compromiso político explícito con la liberación de las mujeres, punto que Strassmann define como “el aspecto probablemente más revolucionario” de la economía feminista (1999: 360). La confluencia de estos dos elementos hace que el objetivo prioritario de la TPVF sea conocer la causa de la opresión femenina para poder luego combatirla. Lo cual implica que se cree en que la realidad tiene una estructura en cierto sentido independiente de los intentos de conocerla, punto en el que la TPVF se aproxima al realismo (Peter, 2003a). “[H]ay un mundo real y un enfoque científico requiere que busquemos evidencia de ese mundo para apoyar o rechazar nuestras hipótesis” (Ferber y Nelson, 1993b: 12). Esa estructura puede estar conformada por un único sistema (el capitalismo o el patriarcado, o el capitalismo patriarcal); por dos, el capitalismo y el patriarcado, coexistentes, pero no asimilables; o por múltiples sistemas de poder –de clase, de raza, de género, etc. Pero, en todo caso, es una estructura que existe, que es comprensible en términos de macro sistemas y que, además, es identificable, puede llegar a conocerse, ya que el conocimiento es un acercamiento progresivo a la verdad. Por otro lado, esta estructura es universal –en tanto que la opresión de las mujeres es transcultural y transhistórica. En conjunto, la búsqueda de una nueva meta-narrativa, construida desde el punto de vista feminista y que parta de las experiencias de las mujeres es el objetivo central de estas autoras. Por tanto, verdad y universalidad siguen siendo fines legítimos del conocimiento creado desde este enfoque.

En conjunto, la TPVF se caracteriza porque su sensibilidad feminista le permite extraer nociones clave que hacen que la posibilidad de mantener inalterada la estructura epistemológica y, simplemente, añadir a las mujeres, no sea posible. Entre esas nociones están: la consideración del conocimiento como un producto social, la inevitabilidad de la entrada de valores en el proceso científico, el punto de vista necesariamente sesgado de los sujetos, etc. Una simple suma de estas ideas no es factible, sino que se precisa una redefinición profunda de los criterios de adecuación científica. Así, se refuerza el criterio de la objetividad, pero se siguen tomando como fines legítimos la búsqueda de las verdades universales. Se pone especial énfasis en la comprensión de la opresión femenina mediante una nueva meta-narrativa que nos explique la situación de las mujeres en el sistema económico desde un posicionamiento feminista.

Todos estos aspectos están presentes en una gran parte de la literatura económica feminista que, partiendo de un reconocimiento explícito de su posicionamiento feminista, sigue creyendo, en cierta medida y sentido, en la existencia de una verdad y en la posibilidad de elaborar teorías universales que expliquen la situación de desventaja de las mujeres en el terreno de la economía. Entre las autoras que parten de esta propuesta epistemológica, se sitúan, la gran mayoría de autoras que parten de una metodología marxista, tanto autoras de la etapa más inicial de la economía feminista –por ejemplo, Dalla Costa (1972), quien afirma que las mujeres son sujetos cuya posición conlleva un cuestionamiento de la totalidad de la organización social del trabajo- como otras más actuales (p. e. Matthaiei, 1996), pero también, como hemos señalado, autoras con perspectivas más cercanas a la economía neoclásica –para quienes se ha hecho especialmente popular la teoría de las relaciones objetales que

achaca los distintos puntos de vista a los diferentes procesos de individuación de niñas y niños y que aplica estas cuestiones a la redefinición del *homo economicus*, p.e. England (1993)- y autoras institucionalistas –como Jennings (1993), May (1996) o Peterson (1998). Sin embargo, Hewitson asegura que “hay dudas sobre el grado en el que la epistemología del punto de vista está siendo realmente utilizada en la economía feminista” (1999: 86). Estas dudas surgen asociadas, en gran medida, a las dificultades para asumir la desaparición del ideal de objetividad como neutralidad valorativa.

“[A]unque muchos economistas deberían haber oído que ‘el positivismo está muerto’ [...] parecen poco inclinados a alterar su práctica –y hay poco acuerdo entre los metodologistas sobre cómo debería realizarse la práctica de la economía” (Seiz, 1992: 273).

3.1.2- ¿Y si hay más de dos puntos de vista?

Pueden identificarse dos líneas fundamentales de cuestionamiento de la TPVF. Por un lado, se pone en tela de juicio esa supuesta homogeneidad del punto de vista feminista-de las mujeres y, por tanto, se pregunta si se puede hablar de dos puntos de vista contrapuestos o si los puntos de vista son múltiples. Si la TPVF se basa en el privilegio que da mirar desde abajo y resulta que hay unas mujeres que están por encima de otras, ¿cuál es ahora la localización epistémica privilegiada? Hay quienes siguen buscando la unidad, aún reconociendo las diferencias de poder, siendo un ejemplo Matthaëi, quien apuesta por sumar todos los ejes de opresión en una economía antirracista-marxista-feminista:

“La construcción de un conocimiento verdaderamente ‘objetivo’ y liberador requiere una teoría que pueda analizar la interdeterminación de las diferencias de clase, raciales-étnicas y de género y corregir simultáneamente los sesgos clasistas, racistas y sexistas de la teoría mayoritaria.

Incluso, idealmente, podrían añadirse otros ejes de privilegio / opresión, como el heterosexismo, el rechazo a la discapacidad y el nacionalismo, para lograr una mayor objetividad.” (1996: 22-3)

O buscando la unidad intrínseca a la figura del sujeto más oprimido, el otro absoluto del discurso occidental, postura que ha sido asumida, por ejemplo, por algunas feministas de la corriente Mujer y Desarrollo (p.e. DAWN⁷). Sin embargo, la búsqueda de esta situación de opresión absoluta, donde el sujeto no tenga ningún “otro” se desvela cada vez más complicada a medida que se van identificando múltiples ejes de opresión y puede ocultar a otros sujetos en cuyo nombre se quiere hablar. Una segunda alternativa es la caída en el relativismo postmoderno⁸. Una tercera alternativa es la búsqueda de un sujeto epistémico que sea capaz de reconocer las múltiples estructuras sociales que se superponen y entran en conflicto (Harding, 1992). Es decir, el punto de vista privilegiado no es innato, sino que se logra mediante la lucha en la que cada persona asuma la responsabilidad de su propia localización social⁹. A

⁷ DAWN son las siglas de Development Alternatives for Women in a New Era, en castellano MUDAR, Mujeres por un Desarrollo Alternativo.

⁸ Desde posiciones ilustradas, se considera que ésta es la única alternativa existente al absolutismo del punto de vista arquimedeano. Desde múltiples posicionamientos y, concretamente, desde el feminismo, se han hecho muchos esfuerzos para proporcionar una vía intermedia entre el absolutismo y el relativismo, o más bien, entre esas dos formas de totalitarismo (p.e. varios artículos de Barrer y Kuiper, 2003).

⁹ Harding (1992, 1995) ha sido la teórica más activa en este sentido –tanto en el de incorporar nuevas críticas como en el de redefinir la teoría. Esta autora, una de las teóricas fundamentales de la TPVF, con los años, ha ido reconociendo esa multiplicidad de ejes de poder y la consiguiente no unidad de las posiciones epistémicas (puede verse su evolución contrastando, por ejemplo, Harding, 1986 con Harding, 1992; o, más aún, Harding, 1999 y 2003). A la par, cada vez está más involucrada en el ámbito de la economía feminista.

medida que se empieza a reconocer la multiplicidad de puntos de vista y su componente de lucha política, la epistemología feminista se aleja de sus vertientes más cercanas al marxismo para aproximarse fuertemente al enfoque que comentaremos posteriormente de los conocimientos situados. Por otro lado, se cuestiona si se puede buscar la causa universal material de la opresión femenina y si, en su caso, se puede narrar en términos universales y mediante meta-narrativas –es decir, se enjuician los criterios de universalidad y verdad. Al reconocer la no unidad del sujeto epistémico se está reconociendo la coexistencia de sistemas de poder que estructuran el conocimiento. Se abre entonces la duda de si la realidad tiene una estructura coherente que puede llegar a conocerse, si se pueden incluir en esa nueva meta-narrativa todos los ejes de poder que se van descubriendo y pasar a hablar de “el sistema universalizado [que] es el patriarcado racializado capitalista” (Eisenstein, 2003: 12).

Esta polémica puede entereverse en el debate sobre si existe una “realidad de las estructuras y las cosas”, es decir, si hay una “existencia última de los objetos de investigación mayoritariamente independiente de su investigación” (Lawson, 1999: 27), así como si es factible llegar a conocerla y explicarla. Esta discusión se ha desarrollado entre varias/os autoras/es en la revista *Feminist Economics* (Lawson, 1999; Harding, 1999; Barker, 2003; Harding, 2003; Lawson, 2003a y 2003b; Nelson, 2003; Peter, 2003). El debate comenzó con el alegato de Lawson por un realismo crítico que combinara un realismo ontológico con un relativismo epistemológico. El primero se refiere a esa estructura de la realidad, que existe, que es independiente de su conocimiento y cuya obtención ha de ser el objetivo de la economía feminista. El segundo implica que nadie va a lograr conocerla en su totalidad, sino de forma parcial

e influenciada por su contexto cultural. En conjunto, sumando verdades parciales de la realidad, podemos acercarnos a la totalidad, a la ontología subyacente. La TPVF, inicialmente, pretendía hallar esa ontología y, además, contarla en términos universales; buscaba la verdad y la universalidad. El resto de autoras insertas en el debate critican a Lawson ese desdoblamiento entre epistemología y ontología y afirman que la idea de que existe esa estructura básica va explícitamente acompañada de la idea de que también existe una esencia humana universal basada en elementos biológicos y genéticos; punto que las autoras rechazan categóricamente. Por tanto, por una parte, estas autoras insisten en ese “relativismo epistemológico”, con lo que engarzan directamente con los conocimientos situados de los que hablaremos más adelante. Por otro, rechazan la idea básica del realismo ontológico, lo cual puede entenderse como un rechazo a esa idea originaria de la TPVF de que existe una estructura social que crea puntos de vista opuestos. Así, parece que se va consensuando, incluso entre quienes siguen auto-denominándose teóricas del punto de vista feminista (por ejemplo, Harding y Peter), que: “Lo que percibimos como la ontología básica de una realidad está en sí mismo localizado en la estructura social de nuestro tiempo y lugar” (Harding, 2003: 155). Las posiciones están muy próximas a los conocimientos situados propios de la economía feminista de la ruptura.

3.2- Cuando no existe una verdad, sino muchas, pero tampoco cualquiera

El paso de la TPVF a los conocimientos situados se produce sin solución de continuidad. A medida que van surgiendo las cuestiones recientemente mencionadas, los argumentos de muchas de las autoras que podrían enmarcarse en la TPVF se van transformando y, como hemos visto, apuntando hacia la corriente en la que, ahora,

nos detenemos. Más que hablar de un cambio claro y brusco, podemos decir que, entre los postulados de la TPVF y de los conocimientos situados, hay un amplio terreno intermedio en el cual encontramos a muchas economistas feministas.

3.2.1- ¿Desde dónde escribimos?

En primer lugar, se produce un cuestionamiento de la división objeto / sujeto por dos vías. Por un lado, se afirma que el objeto no es sólo el elemento pasivo que espera ser descubierto, sino agente activo en el proceso de conocimiento. Esta afirmación va acompañada de una revisión del proyecto modernista que equipara modernización con industrialización y progreso con racionalidad científica y desarrollo tecnológico. Así, la economía feminista ha sido una perspectiva muy activa en la redefinición del concepto de desarrollo, resaltando el papel determinante de las poblaciones involucradas no sólo en el proceso de desarrollo, sino en la definición de lo que éste significa (p.e. Marchand y Parpart, 1995; Barker, 2000), el “objeto” que se convierte en sujeto de su propio conocimiento. Por otro lado, el vehículo que conecta sujeto y objeto, el lenguaje, se entiende como un elemento procreador de la realidad misma y como escenario de luchas de poder. Se considera que el discurso no tiene una función meramente descriptiva, sino procreadora; la ciencia es una construcción material –como ya afirma la TPVF– y lingüística –dado que el lenguaje es mucho más que un vehículo de comunicación. Se cuestiona:

“[...] ese modelo empirista del lenguaje como una herramienta de comunicación, en el que una palabra o un símbolo captura la esencia de una cosa o referente, representándolo en su ausencia. En cambio, el lenguaje se postula como un conjunto de relaciones o una estructura en la cual se produce el significado mismo” (Hewitson, 1999: 13).

Es decir, el lenguaje no expresa la realidad, sino que la crea. “El lenguaje no es neutral, sino culturalmente poderoso, afectando no sólo a la comprensión de la sociedad, sino a las prácticas sociales” (Power, 2004). Para poder atender a las diferencias entre mujeres, es necesario “considerar la economía como un discurso y reconocer explícitamente el papel del poder en la constitución de la identidad y en la reproducción de las estructuras sociales” (Barker, 2003: 106). Las consecuencias para el criterio epistemológico de acercarse a la verdad son meridianas y también hay implicaciones directas para el objetivo de búsqueda de conceptos que encierren esencias, objetivo al que se renuncia, pasándose a buscar conceptos que capten procesos, conceptos móviles y con fronteras flexibles –transformación nítidamente perceptible en las redefiniciones actuales de la noción de trabajo. El discurso no es sólo procreador, sino que es un vehículo de poder. Por tanto, lo importante no es preguntarse cómo se puede lograr la verdad, sino cómo el poder construye la verdad y qué papel juega el lenguaje en tanto que sistema de diferenciación. Esta noción de que el objeto de estudio no preexiste a su conocimiento, sino que se crea a medida que se representa, se capta en la idea del performance (Butler, 1993), donde las realidades sociales jerárquicas que se recrean al imitarse, al nombrarse¹⁰.

¹⁰ La noción de performance tiene clara aplicabilidad en la economía ya que, como Cornwall (1998) apunta, un magnífico ejemplo es el dinero. El proceso de creación de dinero es un proceso performativo, en el que éste se crea mediante su reiteración anticipada por parte de instituciones jurídicas y comercios privados. Además, el dinero es válido únicamente si existe un acuerdo colectivo sobre su existencia misma. El dinero, por tanto, base de la economía androcéntrica, no es, ni más ni menos, que un performance.

En segundo lugar, y engarzando con el debate mantenido previamente sobre la posibilidad de encontrar un punto de vista privilegiado, se debate sobre el sujeto que crea discurso. Como afirma Pujol:

“Recordemos, como economistas feministas, que lo personal es político y que lo político es económico. Como mujer, como economista, como lesbiana, como superviviente de la disciplina económica, mi identidad y las experiencias a las que me he enfrentado en la disciplina durante veinticinco años forman parte de mi análisis de la teoría económica” (1995: 111)

Se afirma la radical parcialidad y contingencia de todo punto de vista del cual el sujeto conocedor ha de hacerse histórica y políticamente responsable. Por un lado, se introduce un elemento nuevo que rompe definitivamente con el dualismo cartesiano mente / razón: los cuerpos, las subjetividades encarnadas, que van a pasar a ocupar un lugar crucial en el análisis. Se reconoce la localización del propio cuerpo y la mirada. El otorgar un espacio privilegiado a los cuerpos materiales tiene importantes implicaciones: en el ámbito de las discusiones sobre el agente económico, ya no puede hablarse de un ente abstracto, ahora tiene cuerpo, y tiene un cuerpo de varón, blanco, de clase media-alta, occidental, etc.; para la economía feminista de corte marxista supone afirmar que el capital tampoco es un ente abstracto, sino que tiene rostro y ese rostro es, de nuevo el de un hombre occidental, blanco, burgués, heterosexual, sin discapacidad, etc. Por tanto, introducir las subjetividades encarnadas en el análisis nos imposibilita negar las diferencias de poder, marcadas en los cuerpos, entre las personas. También conlleva una atención a todos esos aspectos antes denigrados que tienen que ver con la división cultura / naturaleza, entendiendo la primera como trascendencia de la materialidad. Es decir, los cuerpos nos arraigan a la naturaleza y traen consigo otros elementos negados como las emociones y las sexualidades; la recuperación de los aspectos afectivo-

relacionales y corporal-sexuales es otra de las tareas en las que actualmente se esmera la economía feminista.

Por otro lado, se niega la existencia de una misma esencia humana que anule las subjetividades individuales y permita obtener el punto de vista arquimedeano.

“[...] todo conocimiento humano está situado; toda visión del mundo está inevitablemente conformada por las experiencias y vidas humanas de sus productores [...] el carácter situado de todo conocimiento económico contradice la afirmación común de que las visiones económicas pueden construirse independientemente de las circunstancias de la vida de los productores principales.” (Strassmann y Polanyi, 1995: 129)

Se niega también la existencia de la mujer, como un sujeto unitario y coherente con un punto de vista privilegiado. Se afirma que las identidades y, por tanto, los puntos de vista, son múltiples, inestables e incluso contradictorios. Y, además, no son inocentes, sino que están cargados de relaciones de poder. Adicionalmente, el cómo veamos, las técnicas que usemos, las “herramientas ópticas” de que nos dotemos son algo absolutamente relevante. Es decir, no hay un acceso inmediato ni mediado a la realidad, afirmación claramente comprensible en el ámbito económico, donde: “Nuestros actuales telescopios estadísticos con los que vemos el trabajo, el empleo y el valor económico son defectuosos. Su diseño no permite arrojar luz sobre el hogar [...] sólo vemos la parte mercantil de la economía” (Cameron y Gibson-Graham 2003: 10). En conjunto, se reconoce la parcialidad radical de todo sujeto epistemológico, su situación y contingencia y la importancia de los “instrumentos ópticos usados”. Todo lo cual implica que el sujeto ha de hacerse histórica y profundamente responsable del conocimiento que genera; de lo que ve; del cómo lo ve y cómo lo cuenta.

3.2.2- La parcialidad como nueva objetividad y los conocimientos situados

Desde ahí, se replantean los criterios de validación del conocimiento. La crítica de los conocimientos situados va más allá de la idea de la TPVF de que es preciso reforzar la noción de objetividad. No es sólo que el acceso a la realidad esté mediado por la localización de cada sujeto. Es que, además, las localizaciones posibles son múltiples, porque las relaciones de poder forman una compleja red en la que cada persona está inserta en una situación concreta y propia. Es más, cada persona está situada en posiciones contradictorias inestables, ni siquiera el punto de vista de cada una es coherente o uniforme. La objetividad, por tanto, no puede venir por el simple hecho de reconocer esa localización. “La objetividad feminista trata de una localización limitada y de los conocimientos situados, no sobre la trascendencia y la escisión entre sujeto y objeto” (Bhavnani, 1994: 73). La idea de conocimientos situados preconiza las perspectivas parciales como una nueva objetividad feminista y como una forma no universalista de entender la realidad.

La parcialidad puede especificarse en varios niveles: Significa localizarse a una misma –en cierto sentido, reconocerse a una misma como objeto de estudio-, preguntándose “¿Cómo determina la posición de cada cuál en la jerarquía social la visión propia de la realidad social?” (Barker, 2003: 106). Implica una necesaria contingencia y, por tanto, una renuncia a dar respuestas válidas a través del tiempo y de las culturas: “las teorías económicas se aplican a un contexto histórico particular y la investigación económica es un proceso que evoluciona a lo largo del tiempo” (Schneider y Shackelford, 2001: 80). Pero no basta con especificar que estamos viendo desde lo que somos, porque, ¿qué somos? Es el reconocimiento de la parcialidad, abarcando en este caso la noción misma de la identidad, la que permite una salida. Frente a la

idea de ser, se apuesta por reconocer que el ser cognoscitivo es parcial, se puede dividir y, desde esa parcialidad, esa división, es desde donde surge la posibilidad de unirse a otros, de no establecer una férrea división con el objeto de estudio ni con otros sujetos, de aprender a ver junto a otros o desde otras perspectivas sin pretender ser los otros (Haraway, 1991a, 1991b). Es el reconocimiento, por tanto, de nuestra contingencia e incluso contradicción la que nos permite trascender nuestra posición, no en el sentido de erigirnos por encima de nuestra materialidad, sino de ser capaces de empatizar, de poner en marcha aquella política de la afinidad de la que hemos hablado. Porque, en palabras de Seiz:

“Y si no hubiera esperanza de trascender las experiencias e intereses propios, la búsqueda del conocimiento sería una labor empobrecida; cada cual estaríamos confinadas/os a un ‘mundo conocido’ muy pequeño y habría pocas cuestiones en las que podríamos confiar en lograr un acuerdo.” (Seiz, 1995: 115)

Por último, reconocer la localización del sujeto implica reconocer las herramientas visuales que se están utilizando, que mediatizan nuestra mirada. En conjunto, es una parcialidad de la que el sujeto se hace responsable, se acabó el “sueño de la inocencia”. Finalmente, los puntos de vista marginalizados en los discursos dominantes siguen siendo valiosos, aunque esa marginalidad no les otorgue inmunidad en la exigencia de las responsabilidades comentadas. Y siguen siendo valiosos por varios motivos: por una simple cuestión de democracia –“sólo mediante una noción más plenamente democrática de la investigación científica podrá la economía feminista realizar su proyecto emancipador” (Peter, 2003: 100)-; porque

“[...] diversificar una comunidad de investigadoras/es [...] probablemente mejorará el conocimiento: las/os recién llegadas/os pueden traer nuevas observaciones, sugerir nuevas

explicaciones y descubrir errores en trabajos previos que a la comunidad más estrecha le era difícil (o desconcertante) reconocer” (Seiz, 1995: 115).

Y, en tercer lugar, porque “iluminan diferentes facetas de la realidad [...] los puntos de vista marginalizados son necesarios no porque estén privilegiados epistemológicamente, sino porque la objetividad feminista requiere la unión de visiones parciales y situadas en una posición de sujeto colectiva” (Barker, 2003: 106).

Con lo que se introduce otra dificultad más sobre la que hacerse responsables no ha de tratarse se simples localizaciones individuales –porque se volvería al individualismo ilustrado–, sino de la localización concreta de los sujetos en un entorno social, que, para las feministas, supone avanzar en la construcción de esa figura política del “nosotras”. Pasamos así al segundo criterio de legitimación del conocimiento, la sustitución de las meta-narrativas por la conexión de múltiples visiones localizadas y contingentes que, juntas, permiten la creación de mapas colectivos.

El segundo criterio, el de la universalidad, es una renuncia muy fuerte para el feminismo, que consideraba que sólo desvelando la estructura del patriarcado podía éste ser combatido. Desde esta perspectiva, se asegura que la realidad sólo puede contarse en términos de una única estructura reconocible si universalizamos la visión de un grupo dominante. Si ya no se cree en la posibilidad de ver desde el punto de vista arquimedeano, ya no se puede nombrar “la realidad”, sino aquello que, desde nuestra localización y con nuestras herramientas visuales, observamos. Ha de renunciarse a crear meta-narrativas que, sustituyendo a las androcéntricas, expliquen la historia de una forma favorable a las mujeres; en su lugar, ha de contarse una historia totalmente nueva (Haraway, 1991a). Esta historia debe ser, por necesidad, situada y localizada, partiendo del reconocimiento de todos esos elementos que

implican la parcialidad que describe la objetividad del conocimiento)¹¹. Como lo explica Rich: “‘Siempre’ oculta lo que de verdad queremos saber: Cuándo, cómo y bajo qué condiciones ha sido cierta la afirmación” (Rich, en Eagleton, 1996: 212). Una cuestión que suele surgir reiteradamente es la tensión entre la propuesta de hacer análisis situados y la necesidad de integrar una perspectiva global. ¿Cómo reconocer la parcialidad cuando el imperialismo y el colonialismo implican que “el foco de la investigación feminista ha de ser, necesariamente, un foco de dimensión mundial” (Bhavnani , 2001: 3)? Toda solución es compleja y, probablemente, incompleta, pero una pista puede venir por la vía de instaurar como objetivo analítico el construir “cartografías del patriarcado” (Vega, 2002). Es decir, en lugar de dar respuestas universales, se trata de avanzar, mediante la conversación entre distintas miradas situadas y parciales, en mapas, en “una nueva geografía del patriarcado capitalista blanco” (Eisentein, 2003 :137). “Las teorías son una especie de mapas; cada uno puede representar sólo una parte de la realidad” (Harding, 1995: 13). Y la construcción de mapas colectivos implica un proceso en el que múltiples “verdades” entran en diálogo. Ésta no es una respuesta sencilla, pero sí prometedora. “Si hacemos bien nuestro trabajo, la realidad aparecerá más inestable, compleja y desordenada incluso de lo que aparece hoy” (Flax, 1990: 56-7). En palabras de Fraser y Nicholson (1990), “merece la pena el riesgo”. Y es, además, otra muestra del carácter no cerrado, sino de epistemología en constante transformación y auto-crítica que ha de presentar todo

¹¹ Cada vez más economistas feministas reconocen el arraigo histórico y espacial de sus análisis, abriendo con advertencias similares sus libros, por ejemplo, Nelson (1996). Pero no es tan frecuente, es más, es muy infrecuente, una localización en términos personales. Un ejemplo es Hyman, que comienza su libro con las siguientes palabras: “En esta introducción, sitúo el libro en contexto, delineando mi propio origen y comentando por qué creo importante mencionarlo” (1994: 1).

análisis feminista. Es más, quizá la única característica fija de los análisis feministas es “que no hay que fiarse de ninguna lista definitiva de los principios de la economía feminista” (Scheneider y Shackelford, 2001: 80).

Todo lo comentado hasta el momento pone en cuestión la posibilidad misma de obtener la “Verdad”, se renuncia al ideal de existencia de una “Realidad que Dios nos presenta” (McCloskey, 1993). Si el ser un reflejo fiel e insesgado del objeto de estudio ya no es la meta del conocimiento –porque el objeto es un agente activo; y se recrea al nombrarlo usando un lenguaje cargado de relaciones de poder; y, según la localización de quién lo cuente y las herramientas mediante las cuales lo haga, lo verá de una forma, etc.–, ¿cuál será el criterio legitimador que debemos usar? ¿Qué alternativa se da entre la creencia en la existencia de un mundo al que, en última instancia, podemos recurrir para afirmar la primacía de nuestras afirmaciones y la caída en ese relativismo paralizante?

La respuesta, para las teóricas de los conocimientos situados, es la parcialidad, pero dejando de ver “la parcialidad y la falibilidad sólo como mal necesario, y no como un recurso científico y epistemológico” (Harding, 2003: 153). La parcialidad es la que permite obtener resonancias; traducciones del mundo, que sean interpretativas y críticas (Haraway, 1991a, 1991b) y que abran la posibilidad de establecer solidaridades en el ámbito político y conversaciones en el terreno del conocimiento. Así, como insistirán las/os autoras/es de la retórica de la economía, “decir que una teoría o una hipótesis fue aceptada en base a métodos objetivos no nos permite decir que es verdadera, sino, más bien, que refleja el consenso, críticamente logrado, de la comunidad científica” (Longino, 1990: 79). No se busca la parcialidad por sí misma, sino porque “conlleva el deseo y la necesidad de enfatizar conversaciones cívicas”

(Rossetti, 2001: 325), porque contiene el potencial de establecer conexiones que, a su vez, permitan llegar a acuerdos. Los requisitos para que una visión sea objetiva es que sea parcial y que, en su parcialidad, pueda ser compartida –que traslade conocimientos entre comunidades diferentes y con diferencias de poder– y que contenga el potencial de entendimiento para “construir mundos menos organizados por ejes de dominación” que “sea amistosa con los proyectos globales de libertad finita, adecuada abundancia material, módico sentido del sufrimiento y felicidad limitada” (Haraway, 1991a: 187). “Por tanto, la visión parcial y la voz limitada son requeridas no en aras de la parcialidad, sino de las conexiones y las aperturas que los conocimientos situados hacen posibles” (Barker, 2003: 106). Éste es el requisito que otorga mayor validez a un conocimiento por encima de otros. Por eso asegura Harding (1995) que uno de los requisitos de la objetividad reforzada es que sepa distinguir entre los intereses que amplían y enriquecen nuestras imágenes y los que las limitan. En conjunto, no se plantea que toda afirmación sea igual de válida, sino que la validez venga determinada por la capacidad de entrar en diálogo con otras verdades parciales y, juntas, avanzar en la transformación de las jerarquías. De ahí la afirmación de Butler (1989) de que, si hay universales, serán el resultado de una difícil tarea: la exposición de puntos convergentes de los distintos movimientos sobre el trasfondo en que se desarrolla el enfrentamiento social.

“La economía feminista, por tanto, se caracterizaría mejor como un conjunto diverso de compromisos epistemológicos, teóricos y emancipatorios que entran en contacto unos con otros mediante la discusión, el debate, la lucha, el acuerdo y las alianzas estratégicas [...] Es en el contexto de dicha lucha y alianzas en el que la economía feminista crea sus conocimientos y prácticas. (Bergeron, 2001: 331)

Y, con ese objetivo, con el de aportar al diálogo entre verdades parciales, elaboradas desde puntos de vista radicalmente contingentes y móviles para, entre todas, ir colaborando en la creación de otros mundos –y otros discursos económicos- es con el que adquieren sentido, si es que lo tienen, estas páginas.

Bibliografía

- Barker, Drucilla K. (2000), "Dualisms, Discourse, and Development" en Narayan, Uma y Harding, Sandra (eds.) (2000), *De-centering the Centre*, Bloomington, Indianapolis: Indiana University Press, págs. 177-88
- ----- (2003), "Emancipatory for Whom? A Comment on Critical Realism", *Feminist Economics*, 9 (1), págs. 103-8
- Barker, Drucilla K. y Kuiper, Edith (eds.) (2003) *Towards a Feminist Philosophy of Economics*, Routledge.
- Bergeron, Suzanne (2001), "No More Nice Girls? Feminism, Economics and Postmodern Encounters" en Cullenberg *et al.* (eds.) (2001), págs. 327-33,
- Bhavnani, Kum-Kum (1994), "Tracing the Contours: Feminist Research and Feminist Objectivity" en Afshar, Haleh y Maynard, Mary (eds.) (1994), *The dynamics of "race" and gender: some feminist interventions*, Londres, Bristol, PA: Taylor and Francis, págs. 26-40
- Bhavnani, Kum-Kum (ed.) (2001), "Introduction", en Bhavnani, Kum-Kum (ed.) (2001), *Feminism and "Race"*, Oxford y NY: Oxford University Press, págs. 1-16
- Butler, Judith (1989), "Gender Trouble, Feminist Theory, and Psychoanalytic Discourse" en Nicholson (ed.) (1990), págs. 324-40
- ----- (1993), *Bodies that Matter: On the Discursive Limits of 'Sex'*, NY y Londres: Routledge
- Cameron, Jenny y Gibson-Graham, J. K. (2003), "Feminizing the economy: metaphors, strategies, politics", próxima publicación en *Gender, Place and Culture*, www.communityeconomies.org/papers/rethink/rethinkp4feminizing.pdf
- Cornwall, Richard R. (1998), "A Primer on Queer Theory for Economists Interested in Social Identities", *Feminist Economics*, 4 (2), págs. 73-82
- Cullenberg, Stephen, Amariglio, Jack, y Ruccio, David F. (eds.) (2001), *Postmodernism*,

Economics and Knowledge (Economics as Social Theory), NY: Routledge

- Dalla Costa, Maria Rosa (1972), *Las mujeres y la subversión de la comunidad*, Madrid: Siglo XXI (1975)
- Eagleton, Mary (1996), *Working With Feminist Criticism*, Oxford: Blackwell
- Eisenstein, Zillah (2003), "Women's/Human Rights and the New Imperial Globalism", *International Conference 'A Feminist Perspective on Human Rights and the New Global Order'*, Ewha Woman's University, Seoul, Octubre de 2003
- England, Paula (1993) "The Separative Self: Androcentric Bias in Neoclassical Assumptions" en Ferber y Nelson. (eds.) (1993a), págs. 37-53
- Ferber, Marianne A. y Nelson, Julie A. (eds.) (1993a), *Beyond Economic Man: Feminist Theory and Economics*, Chicago: University of Chicago Press
- ----- (1993b), "Introduction: the social construction of economics and the social construction of gender" en Ferber y Nelson. (eds.) (1993a), págs. 1-22
- Flax, Jane (1990), "Postmodernism and Gender Relations in Feminist Theory" en Nicholson (ed.) (1990), págs. 38-62
- Fraser, Nancy y Nicholson, Linda J. (1990), "Social Criticism without Philosophy" en Nicholson (ed.) (1990), págs. 19-38
- Grapard, Ulla (1999), "Methodology" en Peterson y Lewis (eds.) (1999), págs. 544-55
- Haraway, Donna J. (1991a), *Ciencia, cyborgs, mujeres: la reinvención de la naturaleza*, Madrid, Valencia: Cátedra e Instituto de la Mujer D. L. (1995)
- ----- (1991b), "Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles", *Política y Sociedad*, 30, págs. 121-63
- Harding, Sandra (1986), *The Science Question in Feminism*, Ithaca, NY: Cornell University Press
- ----- (ed.) (1987a), *Feminism and Methodology: Social Sciences Issues*, Bloomington: Indiana University Press
- ----- (1987b), "Is there a feminist method?" en Harding (ed.) (1987a), págs. 1-14
- ----- (1987c), "Epistemological Questions" en Harding (ed.) (1987a), págs. 181-90
- ----- (1989), "Feminist Justificatory Strategies" en Garry, Ann y Pearsall, Marilyn (eds.) (1989), *Women, Knowledge and Reality: Explorations in Feminist Philosophy*, Boston, Mass.: Unwin Hyman, págs. 189-201

- ---- (1992), "Subjectivity, Experience and Knowledge: An Epistemology from/for Rainbow Coalition Politics", *Development and Change*, 3, págs. 175-93
- ---- (1993b), "Rethinking Standpoint Epistemology: 'What is Strong Objectivity?'" en Alcoff, Linda y Potter, Elizabeth (eds.) (1993), *Feminist Epistemologies*, NY: Routledge, págs. 49-82
- ---- (1995), "Can Feminist Thought Make Economics More Objective?", *Feminist Economics*, 1 (1), págs. 7-32
- ---- (1999), "The Case for Strategic Realism: A Response to Lawson", *Feminist Economics*, 5 (3), págs. 127-33
- ---- (2003), "Representing Reality: The Critical Realism Project", *Feminist Economics*, 9 (1), págs. 151-59
- Harding, Sandra y Hintikka, Merrill B. (eds.) (1983), *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics and Philosophy of Science*, Dordrecht: Reidel Publishing Co.
- Hewitson, Gillian J (1999), *Feminist Economics: Interrogating the Masculinity of Rational Economic Man*, Northampton. Massachusetts: Edward Elgar Pub.
- Hyman, Prue (1994a), *Women and the Economy: A New Zealand Feminist Perspective*, Wellington: Bridget Williams Books
- Jaggar, Alison M. (1983), *Feminist Politics and Human Nature*, Sussex: The Harvester Press
- Jennings, Ann L. (1993), "Public or Private? Institutional Economics and Feminism" en Ferber y Nelson (eds.) (1993), págs. 111-30
- Kuiper, Edith y Sap, Jolande (eds.) (1995), *Out of the Margin, Feminist Perspectives on Economics*, Londres, NY: Routledge
- Lawson, Tony (1999), "Feminism, Realism, and Universalism", *Feminist Economics*, 5 (2), págs. 25-59
- ---- (2003a), "Ontology and Feminist Theorizing", *Feminist Economics*, 9 (1), págs. 119-50
- ---- (2003b), "Theorizing Ontology", *Feminist Economics*, 9 (1), págs. 161-9
- Longino, Helen E. (1993), "Subjects, power, and knowledge: description and prescription in feminist philosophies of science" en Alcoff, Linda y Potter, Elizabeth (eds.) (1993), *Feminist Epistemologies*, NY: Routledge, págs. 101-20
- Lloyd, Cynthia B. (1975), "Preface" en Lloyd, Cynthia B. (ed.) (1975), *Sex, discrimination, and the Division of Labour*, NY: Columbia University Press, págs. ix-xi

- Marchand, Marianne H. y Parpart, Jane L (eds.) (1995), *Feminism/Postmodernism/Development*, Londres: Routledge
- Matthaei, Julie (1996) "Why Feminist, Marxist and Anti-Racist Economists Should Be Feminist-Marxist-Antiracist Economists", *Feminist Economics*, 2 (1), págs. 22-42
- May, Ann Mari (1996), "The Challenge of Feminist Economics" en Whalen, Charles J. (ed.) (1996), *Political Economy for the 21st Century: Contemporary Views on the Trend of Economics*, Armonk, NY; Londres, England: M. E. Sharpe, págs. 65-83
- Mayhew, Anne (1999), "Value" en Peterson y Lewis (eds.) (1999), págs. 732-7
- McCloskey, Donald N. (1993), "CSe Consequences of a Conjective Economics" en Ferber y Nelson (eds.) (1993a), págs. 69-93
- Mies, Maria y Shiva, Vandana (1993), *Ecofeminism*, Londres and New Jersey: Zed Books
- Nelson, Julie A. (1996), *Feminism, Objectivity and Economics*, Londres: Routledge
- ----- (2003), "Once More, With Feeling: Feminist Economics and the Ontological Question", *Feminist Economics*, 9 (1), págs. 109-18
- Nicholson, Linda J. (ed.) (1990), *Feminism/Postmodernism (Thinking Gender)*, NY: Routledge
- Peter, Fabienne (2003a), "Critical Realism, Feminist Epistemology, and the Emancipatory Potential of Science: A Comment on Lawson and Harding", *Feminist Economics*, 9 (1), págs. 93-101
- ----- (2003b), "Gender and the Foundations of Social Choice: the Role of Situated Agency", *Feminist Economics*, 9 (2/3), págs. 13-32
- Peterson, Janice (1998), "Veblen and Feminist Economics: Valuing Women's Work in the 21st Century" en Brown, Douglas M. (ed.) (1998), *Thornstein Veblen in the 21st Century. A Commemoration of the Theory of The Leisure Class (1899-1999)*, Cheltenham, UK; Northampton MA, USA: Edward Elgar, págs. 117-28
- Peterson, Janice y Lewis, Margaret (eds.) (1999), *The Elgar Companion to Feminist Economics*, Cheltenham, UK; Northampton, MA: Edward Elgar Pub.
- Power, Marylin (2004), "Social Provisioning as a Starting Point for Economic Theory: A Feminist Political Economic Methodology", *Feminist Economics*, 10 (3), págs. 3-19 (2004)
- Pujol, Michèle (1995), "Into the Margin!" en Kuiper y Sap (eds.) (1995), págs. 17-34
- Robeyns, Ingrid (2000), "Is There A Feminist Economics Methodology?", Octubre de 2000, http://www.ingridrobeyns.nl/Ac_publ.html

- Rose, Hilary (1994), *Love, Power and Knowledge: Towards a Feminist Theory of Human Sciences*, Blackwell and Oxford: Polity Press
- Rossetti, Jane (2001), "Postmodernism and Feminist Economics" en Cullenberg *et al.* (eds.) (2001), págs. 305-26
- Schneider, Geoff y Shackelford, Jean (2001), "Economics Standards and Lists: Proposed Antidotes for Feminist Economists", *Feminist Economics*, 7 (2), págs. 77-89
- Seiz, Janet A. (1992), "Gender and Economic Research" en Marchi, Neil de (ed.) (1992), *Post-Popperian Methodology of Economics: Recovering Practice*, Boston, Mass.: Kluwer, págs. 273-319
- ---- (1995), "Epistemology and the Tasks of Feminist Economics", *Feminist Economics*, 1 (3), págs. 110-18
- Strassmann, Diana (1999), "Feminist Economics" en Peterson y Lewis (eds.) (1999), págs. 360-73
- Strassmann, Diana y Polanyi, Livia (1995), "The economist as a storyteller: what the texts reveal" en Kuiper y Sap (eds.) (1995), págs. 129-50
- Vega, Cristina (2002), "Tránsitos Feministas", *Libre Pensamiento*, 47, primavera 2005, págs. 6-11. Disponible en <http://www.sindominio.net/karakola/transitos.htm>
- Woolley, Frances R. (1993), "The Feminist Challenge to Neoclassical Economics", *Cambridge Journal of Economics*, 17 (4), Diciembre, págs. 485-500

Febrero de 2006